

Carlos París: In memoriam¹

DIEGO NÚÑEZ RUIZ

Universidad Autónoma de Madrid

Llegué a Valencia a finales de septiembre de 1961 para iniciar los estudios en Filosofía y Letras. Entonces, los dos primeros años de la carrera eran comunes a todas las especialidades: en el ámbito filosófico, en el primero existía una materia de “Fundamentos de Filosofía”; y, en el segundo, otra de “Historia de los Sistemas Filosóficos”. Yo iba equipado, entre otras cosas, con el manual de Millán Puelles, que un amigo malagueño me había prestado tras usarlo él en Madrid. Con la mejor intención, me dijo al darme: “Ya verás lo útil que te va a resultar para pasar *Fundamentos*”. Para aquéllos que no llegaron a conocerlo, hay que decir que el libro de Millán se movía dentro de la Escolástica más pura y dura. Mas a la semana de estar en Valencia, un compañero del Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjasot, donde residía, que ya había terminado el primer curso, en un gesto de insólita solidaridad con un “novato”, me facilitó el programa de “Fundamentos”, cuyo autor –me comentó– era un catedrático “interesante” que no hacía mucho había llegado a la Universidad valenciana y que tenía por nombre Carlos París. Yo lo estuve hojeando detenidamente, y aquello, para mi sorpresa, era otro mundo; no tenía nada que ver con la Escolástica, en la que había estado sumergido durante el Bachillerato. Había temas de lógica “moderna”, temas de índole antropológica, temas que relacionaban la filosofía con la ciencia y con la técnica (Carlos París había publicado ya *Física y Filosofía*, *Ciencia, conocimiento, ser y Mundo técnico y existencia auténtica*), temas, en fin, en estrecha vecindad con la sociedad y con la ciencia que se movía a nuestro alrededor. Era, en suma, un programa muy sugestivo y eficaz incitador de inquietudes filosóficas. Nunca olvidaré que en este primer curso entré, por ejemplo, en contacto con un concepto, que me impactó grandemente, como fue el del “racionalismo prometeico”, una de las ideas más fecundas, en mi opinión, del pensamiento de Carlos París, que resulta de una gran utilidad y de una extraordinaria rentabilidad para comprender el verdadero espíritu de la cultura moderna. Asimismo, la noción del hombre como “animal cultural” encerraba una gran proyección antropológica. Honda huella dejaron también en mí ese curso su valoración de la historia del pensamiento español, sin anteojeras ideológicas; su crítica de la actitud gratuita y un tanto esnobista de importar pensamientos foráneos, aun cuando la operatividad de tales pensamientos en nuestro contexto nacional fuera más que discutible; o su visión de Unamuno desde perspectivas entonces poco transitadas. Su papel renovador de la arcaica situación filosófica en la España de la época era incuestionable.

¹ No queremos hacer aquí una biografía intelectual de Carlos París en sentido estricto, que por lo demás es fácil encontrar en otros sitios. Él mismo ha dejado escritas unas *Memorias* publicadas y una biografía solvente en el blog que mantuvo en Internet. Sólo queremos hablar de los perfiles de su personalidad que nos ha tocado vivir más de cerca, en definitiva, de recuerdos personales.

Por razones familiares, al terminar el segundo año de Comunes, hube de venirme a Madrid, y fue en la Universidad Complutense donde cursé la especialidad de Filosofía. La añoranza de la experiencia valenciana me invadía a menudo. La estancia en la Facultad de Letras supuso de nuevo la más rotunda inmersión en la Edad Media. Y esto no es ninguna expresión metafórica, sino la más cruda realidad. En Lógica había que estudiar el manual del Padre Gredt, que estaba escrito en un latín macarrónico; en Historia de la Filosofía reinaba Muñoz Alonso, gran cínico y gran malabarista de conceptos, que daba la impresión de que se había hecho agustiniano para, con la coartada de la intuición, no tener que estudiar. Así podía compatibilizar la cátedra con la Dirección General de Prensa y con su alto puesto en Sindicatos. En Metafísica, nos encajamos en junio sin haber pasado de Juan de Santo Tomás. El panorama en la sección de Filosofía, con la honrosa excepción del profesor Aranguren, era desolador. Esta situación, a fuer de poco estimulante, llevó a algunos compañeros a matricularse al mismo tiempo en otras materias, como Psicología, y en mi caso, me empujó hacia la Sociología y hacia la Biología, siguiendo en buena medida los consejos de Carlos París, pues durante los tres años de la especialidad mantuvimos una frecuente correspondencia epistolar. A él le debo por tanto mi introducción en el territorio biológico y mi posterior interés por el tema darwiniano.

En 1968, al amparo de los afanes reformistas del ministro Villar Palasí, se crearon las Universidades Autónomas, a modo de núcleos piloto de la pretendida reforma, mas pocos años después se pudo comprobar que el Régimen franquista, por sus propias limitaciones políticas, era incapaz de digerir las reformas que él mismo había puesto en marcha. A Carlos París se le encomendó la creación del Departamento de Filosofía de la nueva Universidad. Respecto a la orientación filosófica que había de darse al mismo, París es muy explícito en sus *Memorias de medio siglo* (Barcelona, Península, 2006, pág. 260):

Se trataba de desarrollar una actividad filosófica abierta a los grandes problemas de nuestro mundo, no de proseguir la filosofía, que ya satirizaba Bacon, aquélla que, como la araña, teje la tela a partir de su propia sustancia. Y en este sentido, mi trabajo ya había marcado unas líneas claras: la relación del pensar filosófico con la ciencia y la técnica, los problemas del ser humano y la sociedad, en una antropología filosófica, y también el rescate del pensamiento español del sepulcro en que había sido hundido.

París comenzó a seleccionar con urgencia un profesorado idóneo para llevar a cabo tales ideas. Algunos de estos profesores (José Luis Zofío, Juan Carlos García Bermejo, Pilar Jimeno y Diego Núñez), todos ellos antiguos alumnos de Aranguren y excluidos de la Complutense, procedían del grupo que Javier Muguerza había formado en la Facultad de Políticas y Económicas bajo la protección de Paulino Garagorri durante los cursos 1966-67 y 1967-68. La mayoría de los profesores, que París integró en el nuevo departamento, era gente desahuciada por la ortodoxia filosófica imperante e imposibilitada para hacer carrera académica dentro de la institución universitaria. Y por lo que concierne al Plan de Estudios, éste trató de recoger las directrices antes expuestas. Se introdujeron diversas materias nuevas, tales como filosofía de la ciencia y metodología del saber científico, filosofía del lenguaje, dos cursos de historia de la

ciencia y una historia del pensamiento español. Resultó un Plan de Estudios verdaderamente innovador, que más tarde fue imitado poco a poco por otras Facultades.

En los primeros años, sobre todo en los dos primeros, en que la Autónoma estaba ubicada en el Retiro madrileño, la vida del nuevo departamento era muy activa, e intelectualmente muy estimulante y enriquecedora, a la par que la convivencia humana, a pesar de las diferencias ideológicas, resultaba altamente gratificante. Aspectos que con el devenir de los tiempos y las reformas administrativas fueron desapareciendo. La verdad es que se trataba de un ambiente que no tiene nada que ver con el que hoy reina en la universidad. Una vez a la semana, nos reuníamos en un seminario, que comenzaba a las cuatro de la tarde y se prolongaba a veces hasta la diez de la noche, hora en que los bedeles nos daban el último aviso. En las sesiones se discutían una o dos ponencias y se daba información bibliográfica sobre los libros y artículos recientemente aparecidos que presentaban mayor interés. Los debates eran intensos y vibrantes. Destacaban tres alineamientos: los dialécticos, los analíticos y los nietzscheanos. Tras las sesiones, íbamos a menudo a cenar al restaurante Gambrinus, sito en la calle Zorrilla, donde los participantes querían rendir homenaje a la vieja “Universidad Libre”, que Carlos París junto a Miguel Sánchez Mazas y otros amigos habían fundado años atrás.

Durante los primeros meses de su estancia en Madrid, mientras buscaba una vivienda apropiada para la familia, París se hospedó en el Colegio Mayor Diego de Covarrubias, dirigido entonces por el político Fernando Suárez. En ese tiempo se alojaba también aquí el historiador catalán Antoni Jutglar. Jutglar había venido a Madrid como profesor invitado por José Antonio Maravall para impartir unos cursos en su cátedra. Varias veces comimos juntos en dicho Colegio Mayor París, Jutglar y el que esto escribe. Antoni Jutglar sacaba siempre en la sobremesa, como tema de conversación, sus gestiones, hasta entonces sin resultado, de cara a dirigir en el Ateneo de Madrid un seminario sobre el siglo XIX español. En cierta ocasión, Carlos París le comentó, en tono humorístico –pero que hoy aparece como premonitorio–, “si yo fuese presidente del Ateneo no tendrías ningún problema”. Finalmente, Jutglar pudo llevar a cabo su propósito, empresa en la que colaboré con él. El contacto con Jutglar me hacía recordar a otros discípulos de Vicens Vives, como el inolvidable Joan Reglà i Campistol, a los que tuve como profesores de Historia de España en Valencia, profesores que junto a Carlos París eran el punto fuerte de los Cursos Comunes de la carrera en la ciudad del Turia.

Por lo que respecta a los avatares de la historia del pensamiento español, hay que señalar un intento de incorporación frustrada. En octubre de 1971 llegué a Madrid Rafael Pérez de la Dehesa para disfrutar un año sabático. Tanto para el profesor Pedro Ribas como para mí, Pérez de la Dehesa, por los trabajos ya realizados sobre Costa, Unamuno o el Grupo Germinal, era nuestra principal referencia en esta especialidad debido a su modo de hacer historia de las ideas. Era, sin duda, el pionero en abordar los problemas del pensamiento español con una metodología histórico-científica, muy alejada del ensayismo imperante. Constituía un verdadero despropósito que un investigador de este calibre no estuviera dentro de la Universidad española. Él lo deseaba desde hacía tiempo. A tal fin, el profesor Julio Bayón y yo mismo fuimos una tarde a la casa de Carlos París en General Perón, en mayo de 1972, para presentárselo y ver la

manera de que entrara en la Autónoma. París se mostró muy receptivo y prometió hacer todo lo que estuviera en su mano, pero las trabas burocráticas de rigor impidieron tal posibilidad. Desgraciadamente, su prematura muerte le hizo desaparecer pronto del escenario hispanístico.

En suma, a modo de hilo conductor de estos recuerdos, quisiera destacar que la figura de Carlos París está presente en mi memoria como la de un hombre dedicado plenamente a la vida universitaria, como la de un auténtico maestro –en el sentido más profundo del término–, ejerciendo siempre una función renovadora de la institución universitaria, a pesar de todos los obstáculos políticos y burocráticos, sobre todo en los primeros tiempos, a los que no dudó en enfrentarse sin miedo. Como él mismo manifiesta en las citadas *Memorias*, “fue la Universidad el eje perenne de mi vida” (pág. 191).

PEDRO RIBAS

Universidad Autónoma de Madrid

Conocí a París en 1968, una vez terminados los cursos de doctorado y “tesina” en la Universidad Complutense. Fue una suerte para mí descubrir que él se hallaba en Madrid preparando la puesta en marcha de una nueva universidad, la Autónoma de Madrid. En ese mismo año había propuesto yo al catedrático de Metafísica de la Complutense realizar la tesis sobre Unamuno. El catedrático me respondió que Unamuno no era filósofo y que, por tanto, debía buscar otro tema. Con el ánimo por los suelos, fui a hablar con París, que acababa de publicar *Unamuno: estructura de su mundo intelectual*. Enseguida acogió con interés mi propuesta de tesis, y así se convirtió en director de ella, lo cual significó también, pasados los trámites correspondientes, ser seleccionado para formar parte del grupo inicial de profesores de filosofía de la nueva universidad. Asistí, ya como profesor contratado (PNN), a las clases que daba París de la asignatura “Fundamentos de Filosofía”, cuya explicación no tenía nada que ver con el texto de Millán Puelles, ni por su contenido, ni por su método. Allí aparecía ya con claridad su teoría del hombre como ser indigente y no programado.

El departamento se convirtió enseguida en un núcleo vivo de debates e inquietudes. Allí se hablaba muy poco de oposiciones y de intrigas académicas. El hecho mismo de crear una universidad nueva, de configurar un nuevo plan de estudios, dando contenido a un renovado enfoque de la filosofía, generaba un ambiente estimulante, en el que profesores y estudiantes debatían temas e intercambiaban bibliografía para ampliarlos. Comparado con la Facultad burocratizada y medievalizante del franquismo, aquello era un ámbito vivo de experiencias, lecturas y debates de los que se beneficiaban tanto estudiantes como profesores. A las sesiones del departamento asistían a menudo profesores de las Facultades de Ciencias de la propia universidad y también profesores de otras universidades, como Jesús Mosterín o Miguel Ángel Quintanilla. Allí conocimos a varios profesores exiliados, como García Bacca o Ferrater Mora. Sánchez Vázquez estuvo también, gracias a la buena relación que París había establecido desde 1963, con ocasión del Congreso Mundial de Filosofía, celebrado en México, aunque la relación propiamente dicha comenzó en 1972. En la entrevista que Teresa Rodríguez de Lecea hizo a Sánchez Vázquez en 1995 afirma éste que los españoles que asistieron a tal congreso fueron los primeros filósofos del interior con los que tuvo contacto. “Aunque en realidad –dice– eran la ‘caverna’, no en el sentido platónico, sino político. El único potable, valga la expresión, era Carlos París.” Sánchez Vázquez vino también para el homenaje a París que, bajo el título “Congreso sobre Técnica y Ciencia”, se celebró en la Universidad Autónoma en 1992. Y dice Sánchez Vázquez en la mencionada entrevista: “Por cierto, durante el Congreso citado conocí a su compañera, Lidia Falcón. Y resultó que yo había conocido en España, antes de la guerra, a su padre, que era un escritor y revolucionario peruano muy conocido, César Falcón, íntimo amigo del famoso Mariátegui.”

El departamento dirigido por París sufrió una dura represión en el periodo en que fue rector Julio Rodríguez. En 1972 fueron expulsados siete de los catorce profesores PNNs que lo formaban. Julio Rodríguez no se atrevió a expedientar a un funcionario como París (sí lo destituyó de director del departamento), pero expulsar a los PNNs

era cosa fácil, ya que su “contrato de servicios” carecía de todo apoyo jurídico. Este capítulo fue muy importante en la suerte de aquel departamento, el cual, a pesar de la diáspora a que se vieron forzados sus miembros, logró recomponerse progresivamente, si bien la desdichada división de áreas obligó a escindir lo que era el grupo inicial y a traer nuevos catedráticos (nuevos directores de departamento), que tenían muy poco que ver con el innovador proyecto inicial, el ideado por París.

Para mí fue París un filósofo consecuente, además de una persona respetuosa y elegante. Su sentido del humor se asentaba en un pensamiento que, tras la ironía, hurgaba siempre en lo trágico, ya sea en el carácter de expósito del ser humano (lo resalta muy bien en su estudio sobre Unamuno), ya sea aludiendo a la irracionalidad de su comportamiento. Al mismo tiempo, la técnica y la ciencia representan el lado prometeico, el que abre la posibilidad de crear un mundo realmente humano, justo, sin servidumbres de sexos o clases. París encarna, en su pensamiento, una forma comprometida de filosofar. No entiende la filosofía como profesión que solo se ejerce en las aulas, sino como un reto que obliga a participar con energía en la transformación de la sociedad en que vivimos. En este sentido, conviene recordar que él fue, probablemente, el primer catedrático que organizó durante el franquismo un ciclo de conferencias sobre Marx en la universidad. Me refiero al ciclo, celebrado en la Universidad de Santiago, en 1958, y publicado en 1961 con el título *Introducción al pensamiento marxista*. París trata ahí al marxismo como una corriente filosófica que ha nacido de las concepciones progresistas modernas y que se basa en una cosmología según la cual la naturaleza, como la historia, opera por saltos. Salvo error mío, es la primera vez, durante la dictadura de Franco, que el marxismo fue considerado públicamente, no como degeneración o enfermedad mental (Vallejo Nágera) o como una ideología política antiespañola (Comín Colomer), sino como una corriente filosófica. En años posteriores, ya comprometido con el PCE y progresivamente desligado del cristianismo, su militancia se centró en los temas que había destacado siempre: el hombre como viviente que viene al mundo no condicionado por pautas, por tanto, carente de naturaleza, pero autor de historia; el hombre como parte de la naturaleza, por tanto, responsable de ella; el hombre como creador de herramientas, de técnica, la cual puede aplicarse a la construcción de un *hábitat* humano, pero también, como ha ocurrido y sigue ocurriendo, de artefactos de guerra, a la tanatocracia. París nos deja, aparte del recuerdo de un gran maestro universitario, una colección de libros de los que se puede aprender mucho.